

## ABUELA ARAÑA

Hace mucho, mucho tiempo, el Creador aún no había separado la tierra del cielo. Todavía estaban muy cerca la una del otro, y el cielo estaba casi sentado en la tierra. Los pájaros volaban muy cerca del suelo, y a los animales que corrían y saltaban, les parecía como si estuvieran volando.

Una mañana, un alce tomaba agua en la orilla del lago, vio el reflejo del cielo en el agua. Algo andaba mal. Alce miró hacia arriba y quedó perplejo, pues vio que el cielo se estaba moviendo, y que se alejaba de la tierra. –No puedo dejar que esto ocurra –dijo Alce. Ensartó sus astas en la base del cielo, y trató de sujetarlo para que no siguiera alejándose de la tierra. Llamó a los demás animales y les pidió ayuda. Pero el cielo seguía moviéndose, y pronto Alce se vio elevado del suelo. Tiró de sus astas para sacarlas del cielo y al caer, ¡se dio un batacazo!

Cuando oyó el llamado de Alce, Oso vino corriendo. Levantó la mirada y vio que el cielo se alejaba de la tierra. – No puedo dejar que ocurra –dijo Oso. Dio un salto y clavó las garras en el cielo para tratar de bajarlo. Pero el cielo seguía trasladándose cada vez a mayor altura, y pronto Oso se fue elevando junto con él. Sacó sus garras y cayó al suelo.

También llegaron corriendo otros animales. Miraron hacia arriba y vieron que el cielo se alejaba de la tierra. Trataron de saltar y de agarrarlo, pero no lograron nada. Se pusieron a hablar todos juntos para ver qué harían. Mientras hablaban, llegó Abuela Araña, y dijo: –Yo tengo un plan.

–Abuela Araña –dijeron los animales–, este es un problema grave y muy grande para ti. Ni siquiera el gigantesco Alce ni el enorme Oso han podido traer el cielo de regreso, y ellos son mucho más fuertes que tú.

–Pero yo tengo un plan que va a resultar –dijo Abuela.

–Ahora no, Abuela. No tenemos tiempo para ti.

Abuela Araña se sintió molesta, pero comprendió que ellos estuvieran preocupados. Salió corriendo de la aldea hasta la montaña más cercana, y trepó por la ladera. Abuela empezó a hilar una larga hebra. Hiló, hiló e hiló. Luego se puso a tejer la hebra para hacer una tela. Cuando tuvo suficiente, Abuela enrolló la tela para hacer una pelota, y un extremo de la tela lo ató a un árbol. Lanzó al cielo la pelota de hebras y tejido y llegó hasta bien arriba. Entonces la pelota cayó al suelo y se desenrolló. Abuela Araña no había logrado llegar al cielo.

Abuela Araña corrió para recoger todo el tejido y lo enrolló, haciendo con él una nueva pelota gigantesca. Volvió a lanzar la pelota de hebras, que llegó hasta muy arriba. Pero volvió a fracasar, y la pelota cayó al suelo y quedó desenrollada.

La Abuela Araña corrió a recoger el tejido, lo enrolló y una vez más hizo una pelota gigantesca. Lanzó la pelota al cielo por tercera vez, y ahora, dio de lleno en el borde del cielo. La pelota de tejido se pegó en el cielo. Abuela trepó por esa tela tan rápidamente como pudo y corrió por ese cielo. Le unió otro pedazo de tela y saltó de regreso a la tierra. Mientras iba cayendo, iba hilando otra tela. ¡Y ella hiló e hiló!

Al llegar, Abuela Araña le unió ese hilo a la tierra y volvió a preparar por el primer hilo. Una y otra vez, subió trepando, le unió al cielo una nueva tela y, mientras caía de regreso a la tierra, hilaba otra más.

Por todo el resto de ese día y esa noche, Abuela Araña siguió hilando hilos para amarrar el cielo a la tierra. Temprano a la mañana siguiente, el cielo solo se había alejado cuanto se lo permitían todas las telas de la Abuela, que lo sujetaban al suelo. La tierra se estremeció cuando el cielo hizo el intento de escapar por última vez. Los animales dejaron de hablar y levantaron la vista al cielo. Al mirar de reojo, vieron las telas de la Abuela que colgaban del cielo a la tierra.

Los animales corrieron donde Abuela Araña, y le dijeron: –Sentimos no haber escuchado tu plan, Abuela Araña. Y más aún sentimos haberte dicho que no teníamos tiempo para ti. Gracias por evitar que el cielo abandonara la tierra. Puesto que has hecho esta cosa prodigiosa, tú y tus descendientes podrán vivir en cualesquiera de nuestras casas, por siempre jamás.

Y desde ese día, hay arañas en los hogares de todos los animales y de la gente. Y aun cuando la gente ha olvidado la promesa que hicieron tantos años atrás, arañas y animales no la han olvidado.

Ahora bien, si miras al cielo en la temprana luz de la mañana, verás que del cielo cuelgan a veces telas de araña. Habrá personas que te digan que estás viendo los rayos del sol. Pero ahora, tú sabes algo más.

Un relato de los indígenas hopi de Norteamérica  
Versión de Dr. Michael Lockett

© Traducción del inglés de Cecilia Beuchat y Mónica Cumar